

LA PERSONALIDAD MILITAR DE CORDOBA



Por el General (r) JULIO LONDOÑO

Uno de los estudios que habrá de presentar mayores dificultades a los historiadores militares de Colombia será, sin duda alguna, la fijación de los contornos de la personalidad militar del General José María Córdoba.

No ofrece ella al análisis ni la águila visión geopolítica del Libertador, ni la seguridad y precisión estratégicas de Sucre, ni la romántica conducción de Nariño, ni la cautelosa apreciación de los hechos de Santander... y, sin embargo, es un astro de primera magnitud en la constelación de los héroes de la guerra magna.

¿Cuál es entonces el secreto de la fulgurante trayectoria militar de este hombre cuya vida parece confundirse a veces con la leyenda?

Si se estudia detenidamente su carrera, en la cual los ascensos se suceden en forma precisa, sin los saltos tan frecuentes en aquellos tiempos, gracias a los golpes de suerte, se ve que todos ellos, sin excepción, se producen en el mismo campo de batalla después de una acción temeraria, en la cual su valor a toda prueba encauzó la victoria o salvó a los patriotas de la derrota. El primero de sus ascensos, el de Sub-

teniente a Teniente, se efectúa el 5 de julio de 1815, después de la dolorosa culminación de la campaña de Nariño en el Sur: las tropas realistas tratan de atacar a los refuerzos que se han reunido en Quilichao. Allí está Serviez con el Subteniente Córdoba como ayudante. Durante el ataque, Córdoba ve que una parte de la tropa española trata de alcanzar el flanco patriota, y en el mismo momento, con la celeridad de un rayo, se lanza contra el destacamento flanqueante. El enemigo tiene un momento de debilidad que se convierte en derrota. Córdoba lleva la persecución a fondo, y su denuedo es tal, que todos le ven perderse de vista con un pequeño grupo de soldados, hasta que ya en las primeras horas de la noche le dan por muerto. Pero el valiente oficial aparece; sólo tiene unas cuantas heridas superficiales. Serviez, lo asciende sobre el campo de batalla. El nuevo Teniente tiene apenas quince años.

Siete años después, en 1822, recibe su ascenso a General. El hecho por el cual se le concedió tan elevado honor tiene las mismas características de aquel con que empezó su ascensión meteórica: a fines de 1822 el Coronel Benito Boves se insurrecciona en la región de Pasto. El Libertador juzga tan peligrosa esa insurrección que envía contra él el ejército que meses antes había vencido en Pichincha. Cuatro combates: Guátara, Taindala, Yacuanquer y Pasto, efectuados en tres días consecutivos, 22, 23 y 24 de diciembre, bastan para deshacer a los facciosos. En esos encuentros la pericia y el coraje

demostrados por Córdoba son tan admirables, que Sucre, siguiendo instrucciones del Libertador, lo asciende a General. El ejército Libertador tiene ya un General que aún no ha cumplido los 23 años.

Pero tal como se han presentado los hechos en los momentos en que ha obtenido estos dos grados, el primero y el último de su carrera, se suceden los ascensos intermediarios. Por las mismas acciones denodadas en los combates de La Puerta, Calabozo y Ortiz, fue ascendido a Capitán; a Mayor, después de los reñidos encuentros de Sombrero y Rincón de los Toros. Fue hecho Teniente Coronel por el Libertador después de Boyacá, y a Coronel en Tenerife, cuando al mando de una de las columnas que debían atacar la flota española —la otra estaba comandada por el bravo Maza— su decisión en el ataque dio como resultado la capitulación del adversario.

La semejanza que hay en la conducta de Córdoba en todas estas acciones sirve de punto de partida indudable para precisar los rasgos fundamentales de su carácter como militar: Córdoba es un hombre valiente hasta la temeridad. Tiene la capacidad de ver, en medio del combate, todo incidente o circunstancia que indique un punto débil o una actitud vacilante de su adversario, y la aprovecha con una celeridad inusitada para producir el desconcierto o la iniciación de una derrota, comienzo de catástrofe que se va agrandando a medida que los demás compañeros, al verlo, le ayudan en su tarea. Todos los momentos este-

lares en los campos de batalla en que interviene están marcados por esta peculiaridad; todos sus triunfos son debidos a este sistema; todas sus glorias se deben a esta modalidad sui generis que tantos laureles le dió y que tantas glorias alcanzó para la Patria. Y es exactamente el mismo procedimiento el que, una vez terminada la guerra magna, quiso aplicar a la política, ciencia cuyos factores son menos concretos y cuyos principales elementos son a menudo imponderables, y por lo cual tuvo serios fracasos en esta actividad. Y fue este mismo sistema, esta capacidad para ver el punto débil del adversario y lanzarse contra él en forma ciclópea lo que habría de llevarlo a la muerte en la página de luto de El Santuario.

¿Pero cómo adquirió Córdoba esta capacidad de ver una situación, a veces invisible para los otros, y que sin embargo, lleva en sí misma el germen de la victoria?

Veamos en una síntesis de su carrera cómo la suerte le deparó, como a ningún otro colombiano, la ocasión para estudiarla en diversos sitios, practicada por diversos jefes, tanto españoles como patriotas, y teniendo a su alcance numerosas oportunidades para poder hacerla él mismo, en escalas diferentes, hasta llegar así a ser maestro en el procedimiento.

Córdoba aparece por primera vez en el escenario militar de Colombia en la Escuela de Ingenieros Militares de Antioquia. Estudia bajo la dirección del Coronel Serviez, militar francés que ha adquirido mucha experiencia en

asuntos tácticos en Europa en las guerras de la revolución y del Imperio. Su preceptor lo estima sobremanera; lo guía cuidadosamente, le enseña su idioma, le da a conocer los secretos y estratagemas que con la experiencia ha logrado hallar en los campos de batalla y le asegura un brillante porvenir como hombre rudo, valiente, ambicioso y tenaz.

Poco tiempo después de que Nariño se hizo cargo de la presidencia, Serviez se ve obligado a abandonar su puesto; su vida se hace difícil y no encuentra la manera de ayudar eficientemente a la emancipación. Pero cuando después, la fulgurante campaña del Presidente en el Sur terminó con su prisión y destierro, se apeló a la experiencia de Serviez y se le mandó al Cauca a que contribuyera a organizar las tropas que el Gobierno había reunido allí con el fin de cerrarles el paso a los españoles, que avanzaban hacia el interior llenos de furia y de prestigio. En Quilichao el Coronel francés empezó su tarea y a poco tiempo llegó allí el Batallón de Voluntarios de Rio-negro, entre los cuales se hallaba Córdoba. Su antiguo profesor, al verle, se hace cargo de continuar la educación del adolescente, por quien siente tan entrañable afecto, y cuando el General Cabal nombra a Serviez como Jefe de Estado Mayor, éste a su vez nombra a Córdoba su edecán, con el grado de Subteniente.

Durante años y meses siguen juntos combatiendo en el Cauca, hasta el momento en que, victoriosa la expedición de don Pablo Morillo, maestro y dis-

cúpulo se marchan a los Llanos para poder, desde aquel apartado lugar, organizar alguna unidad con que sea posible tarde o temprano, ayudar a la independencia de Colombia.

En los Llanos conoce a Bolívar, y la lucha constante aumenta su pericia; el terreno abierto por todas partes le da esa capacidad inigualable de poder en todo momento hacer frente al peligro y formar en medio de él una decisión definitiva; la rapidez en las acciones da a su pensamiento la capacidad de una reflexión instantánea y segura; las privaciones endurecen su cuerpo y su espíritu; y la actitud de testigo y ejecutante de acciones constantes fortifican su pericia. En esa lucha asciende a Capitán, y Bolívar lo incorpora a su Estado Mayor.

De los Llanos parte con Bolívar a la campaña libertadora; y cuando ya parece que todo se ha estabilizado y que sólo hay necesidad de vigilar y luchar contra núcleos rebeldes, se le nombra Comandante General de la Provincia de Antioquia. Por primera vez se encuentra frente a una responsabilidad civil, y apenas acaba de cumplir veinte años.

Con su mismo ardor juvenil muestra una gran habilidad para extraer recursos que permitan al Gobierno central continuar su lucha contra los núcleos de revoltosos que aún quedan en diferentes sitios. Forma por su cuenta una expedición que marche a libertar el Chocó, y por encima de las obligaciones de su nuevo cargo prepara la reconquista del Cauca, en donde Warleta está

empeñado en frustrar todo lo hecho por la libertad de la nación. Para esto forma un ejército, lo adiestra y ejercita de continuo porque está seguro de que sólo una disciplina férrea será capaz de dar un triunfo definitivo. Sueña en ir con ese ejército a cumplir misiones de extraordinario heroísmo, y por eso escribe a Santander: "Mi orgullo es tan grande que no es el estrecho marco de Antioquia el que me cubrirá de gloria; o será Cartagena o Quito..."

Pero no todo lo pensado habría de realizarse como estaba planeado. Después de sus incursiones por la Costa Atlántica durante el año de 1820, en la cual hace nuevos prodigios, se le ordena que vaya al Perú, en donde la libertad parece imposible. Es el año de 1822. Llega a Guayaquil a principios de abril, y a órdenes de Sucre va con el ejército libertador a libertar a Quito. Después de marchas y contramarchas logran alcanzar las faldas del Pichincha para colocarse frente a la ciudad oprimida por la fuerza española. El 23 de mayo van dominando la altura, y el 24, los españoles, que los ven aparecer en columna de marcha, se lanzan contra ellos después de agrupar todos los recursos de que disponen. Las primeras unidades patriotas son duramente castigadas; algunos batallones se retiran precipitadamente. Sólo dos compañías del Batallón Albión resisten el empuje tenaz del adversario, que ya da por ganado el encuentro. Córdoba viene atrás con la retaguardia. Cuando llega al campo de acción se da cuenta de que, aunque todo parece perdido, hay posibilidades de victoria, y en lugar de sos-

tener a los que se retiran o ceden terreno, toma todas sus tropas y ayuda al Albión con tal denuedo, que los atacantes ceden terreno. Córdoba los persigue y se origina un comienzo de derrota que no tarda en convertirse en una fuga desesperada. Los patriotas los siguen hasta rodearlos en el Fuerte de Panecillo, donde los españoles capitulan, y Quito queda libre para siempre. Ha puesto en práctica su conocido sistema, el cual, esta vez, como tantas otras, lo ha cubierto de gloria.

Poco después de Pichincha, Córdoba sigue a órdenes de Sucre a dominar los férreos pastusos, y una vez cumplida su misión, y con el grado de General llega hasta Santa Fe, en donde se le nombra Comandante General del Departamento de Cundinamarca.

Desde este puesto marcha hacia el Sur a exterminar algunas guerrillas que infestan la región. En esta misión llega a Quito el 5 de febrero de 1824. Pero ya el Intendente de Quito, General Salom, ha recibido una orden perentoria del Libertador: "Luégo que el General Córdoba llegue a los Departamentos de su mando dele orden de venir al cuartel general de Su Excelencia y escríbale, si no ha llegado". Lima, octubre 4 de 1823.

Y un poco más tarde: "Las fuerzas que traiga el General Córdoba debe entregarlas al General Flores, y que aquél venga al Perú, volando". Pativilca, enero 23 de 1824.

Finalmente: "Necesito a los Generales Barreto y Córdoba, deles usted ór-

denes que vengan inmediatamente". Trujillo, marzo de 1824.

Con éstas órdenes Córdoba se puso en marcha hacia Guayaquil para poder llegar a Lima prontamente, seguro de que en las tierras del Inca lo esperaba la máxima gloria de su vida... Y tenía razón. Aquí le estaba reservada la batalla de Ayacucho, en donde debía poner en práctica, con una maestría y una sencillez pasmosas, "su manera" adquirida en todas las acciones anteriores. Cuando españoles y patriotas se hallan listos para empezar la formidable batalla que ha de poner fin a la dominación española en América, los peninsulares, con su marcada superioridad numérica, han formado un plan simple y de resultados aparentemente seguros. Como el ejército americano carece de artillería, la propia será colocada en el ala derecha, casi en el flanco mismo de la división que comanda Córdoba, y al iniciarse la marcha de los patriotas, destrozará a los que se arriesguen en el avance. Las cosas se suceden al comienzo con la misma precisión prevista, pero cuando la artillería enemiga, protegida por un núcleo de tropas considerable, empieza a instalar sus piezas convenientemente, Córdoba se lanza contra ella; quienes la protegen huyen, desconcertados por la sorpresa. Córdoba marcha tras ellos. Da su famosa orden de "Armas a discreción, paso de Vencedores", y se precipita contra las filas realistas. El plan de Aymerich ha empezado a flaquear. Nuestro héroe penetra profundamente en el dispositivo del enemigo; hay un comienzo de derrota. La

Mar, que está listo a ceder en el ala izquierda, hace un supremo esfuerzo y el enemigo pierde la voluntad de combatir y se entrega en una forma tan completa como jamás pudo verse en ninguna de las acciones de armas de América. Ayacucho se salvó por causa del valor de Córdoba; por haber éste aprovechado un momento oportuno, quizás no visto por los demás, y haber logrado, a fuerza de coraje, hacer una profunda penetración en el dispositivo adversario. Y este fue el final de la dominación española.

Pero al mismo tiempo que las acciones militares le han dado una experiencia amplia y le han hecho maestro en el procedimiento del combate, han afirmado el rasgo predominante de su carácter: la impetuosidad, esto es, en su irrefrenable afán por ver realizados sus deseos, su arrebató para obtener de sus superiores una acción inmediata y fuerte, su vehemencia para exigir que no haya separación de tiempo entre los planes concebidos y de su ejecución cuando ya han sido meditados o acordados, su arrebató inmediato contra lo que considera injusticia o deshonor, su frenesí cuando se siente rebajado en sus méritos o dignidades, y su impulso hacia todo aquello que aprecia como paciente espera. Este es, como antes se ha dicho, la base del carácter de Córdoba y lo que define por entero sus actitudes tanto en acciones militares como en el desempeño de sus cometidos políticos o diplomáticos. A ello se deben sus sinsabores y sus revueltas, sus fracasos y su gloria; por ello se explicarán con claridad meridiana las

contradicciones de su carácter y las aparentes incongruencias de su conducta.

Los jefes no siempre lo estimaron a causa de esta manera de ser. Cuando Sucre lo necesita en el Sur, le escribe al Libertador: "Me he olvidado preguntar a usted que destino tiene el General Córdoba. Es un guapo Oficial y muy lucido en el combate. Yo lo quiero mucho, aunque dicen que él es medio peleador con sus jefes; conmigo ha hecho dos campañas y se ha portado bien..."

Cuando se halla en los Llanos se muestra intransigente en asuntos de disciplina de la tropa. Cree que sólo con una disciplina sin contemplaciones se puede tener esperanzas en la victoria. Pero él se cuida poco de su propia disciplina. En una noche nefanda, mientras sirve lealmente, manos alevés quitan la vida a Serviez de una manera baja y cobarde. Córdoba pide justicia inmediata para los asesinos; pero su voz se pierde en el vacío; inculpa de los hechos a Páez, y viendo que no se le satisface de inmediato, se fuga del teatro de operaciones. Logran aprehenderlo y es condenado a muerte; mientras está en la capilla se fuga nuevamente, y corriendo solo por los Llanos logra dar con las tropas del Libertador, a las cuales se enrola. Actitud semejante asume cuando alejándolo del mando de la tropa lo nombran Ministro de Marina, o cuando le llegan noticias de que el Libertador quiere coronarse como rey, antes de averiguar precisamente los hechos; o cuando se le manda vigilar para evitar que cons-

pire... Pero principalmente su carácter impetuoso y valiente se demostró en su muerte: O'Leary tenía cerca de mil veteranos; Córdoba contaba con menos de quinientos reclutas, valientes pero inexpertos y carentes de toda preparación militar. Se le hicieron propuestas para que desistiera de su empeño revolucionario pero no aceptó; confiaba en su valor y en su prestigio. Pero era prácticamente la primera vez que Córdoba representaba el papel de jefe de un bando sin estar sometido a ninguna autoridad. Aquí no tenía, como en Pichincha o en Ayacucho, un Comandante superior dentro del cual se enmarcaban sus hechos de valor increíble. Sombrío, malhumorado, sordo a las predicciones más funestas, decidió empeñarse en la acción. Iba a tener que vencer un enemigo con efectivos dobles cosa casi imposible en una hazaña de carácter militar; iba a luchar contra los hombres que habían hecho

la campaña de la Nueva Granada, la de los Llanos, la del Sur..., pero nada le detuvo. Desde el primer momento se lanzó al combate con el arrojo de siempre, se abrió paso entre los aguerridos enemigos, pero herido gravemente desde el comienzo, la pérdida de sangre le fue aminorando el impulso; sus seguidores morían o eran detenidos por el enemigo; sólo al fin se refugió, ya agonizante, en la primera casucha que encontró en las cercanías del campo de batalla. Estaba sentado sobre una pobre caja de madera; hasta allí entro Ruperto Hand, oficial de las tropas de O'Leary y con la frase "tengo la orden", con la cual querían poner fin a toda súplica de los compañeros de Córdoba que yacían tendidos en torno a su jefe, segó de dos feroces sablazos la vida de uno de los héroes más brillantes que ha tenido la historia de Colombia.